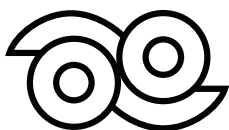


La primera teoría
de las neurosis



La primera teoría de las neurosis

Sigmund Freud

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

Prólogo de Jacques André

Amorrortu editores
Buenos Aires - Madrid

Los derechos que a continuación se consignan corresponden a las obras de Sigmund Freud incluidas en el presente volumen, cuyo título en su idioma original figura al comienzo de la obra respectiva.

© Copyright de las obras de Sigmund Freud, Sigmund Freud Copyrights Ltd.
© Copyright del ordenamiento, comentarios y notas de la edición inglesa, James Strachey, 1962

© Copyright de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa: Presses Universitaires de France, 1995

© Copyright de la edición castellana, Amorrortu editores S.A., Paraguay 1225, 7° piso - C1057AAS Buenos Aires, 1976, 2012

Amorrortu editores España S.L., C/López de Hoyos 15, 3° izq. - 28006 Madrid

www.amorrortueditores.com

Traducción directa del alemán de las obras de Sigmund Freud: José Luis Etcheverry

Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson

Traducción de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa: Horacio Pons

Asesoramiento: Santiago Dubcovsky y Jorge Colapinto

Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico, electrónico o informático, incluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 978-950-518-878-9

ISBN 978-2-13-057816-1, París (edición francesa)

Freud, Sigmund

La primera teoría de las neurosis. - 1ª ed. - Buenos Aires : Amorrortu, 2016.
320 p. ; 21x12 cm.

Traducción de: José Luis Etcheverry

ISBN 978-950-518-878-9

1. Psicoanálisis. I. Etcheverry, José Luis, trad. II. Título.

CDD 150.195

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en septiembre de 2016.

Tirada de esta edición: 3.000 ejemplares.

Índice general

- 9 Características de esta edición
11 Lista de abreviaturas
13 Prólogo, *Jacques André*
33 Las neuropsicosis de defensa (1894)
35 Nota introductoria, *James Strachey*
39 *Las neuropsicosis de defensa*
58 Apéndice. Surgimiento de las hipótesis fundamentales de Freud
67 Obsesiones y fobias. Su mecanismo psíquico y su etiología (1895 [1894])
69 Nota introductoria, *James Strachey*
73 *Obsesiones y fobias. Su mecanismo psíquico y su etiología*
83 Apéndice. Concepciones de Freud sobre las fobias
87 Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de «neurosis de angustia» (1895 [1894])
89 Nota introductoria, *James Strachey*
93 *Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de «neurosis de angustia»*
93 [Introducción]
95 I. Sintomatología clínica de la neurosis de angustia

ÍNDICE GENERAL

- 104 II. Producción y etiología de la neurosis de angustia
113 III. Esbozos para una teoría de la neurosis de angustia
120 IV. Nexo con otras neurosis
- 125 A propósito de las críticas a la «neurosis de angustia» (1895)
- 127 Nota introductoria, *James Strachey*
131 *A propósito de las críticas a la «neurosis de angustia»*
- 151 La herencia y la etiología de las neurosis (1896)
- 153 Nota introductoria, *James Strachey*
155 *La herencia y la etiología de las neurosis*
- 173 Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa (1896)
- 175 Nota introductoria, *James Strachey*
179 *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*
- 179 [Introducción]
180 I. La etiología «específica» de la histeria
187 II. Naturaleza y mecanismo de la neurosis obsesiva
194 III. Análisis de un caso de paranoia crónica
- 207 La etiología de la histeria (1896)
- 209 Nota introductoria, *James Strachey*
213 *La etiología de la histeria*
- 249 La sexualidad en la etiología de las neurosis (1898)
- 251 Nota introductoria, *James Strachey*
255 *La sexualidad en la etiología de las neurosis*
- 281 Bibliografía e índice de autores
293 Índice alfabético

Características de esta edición

La selección de escritos de Sigmund Freud de la que forma parte este libro se basa, esencialmente, en la edición de sus *Obras completas* publicada por nuestro sello editorial, entre 1978 y 1985, en 24 tomos, cuyos textos reproduce exactamente. Esta nueva versión —que en cada volumen presenta uno de los trabajos de mayor relevancia del autor austríaco, o bien reúne escritos más breves referidos a la misma temática— se ve enriquecida por el significativo aporte de un equipo de especialistas que tuvo a su cargo la publicación de las obras completas de Sigmund Freud en lengua francesa, bajo la dirección de André Bourguignon, Pierre Cotet y Jean Laplanche. Cada libro comienza con un pormenorizado prólogo de uno de aquellos, en el cual se exponen análisis, reflexiones y comentarios sobre la obra o temática tratada y se entrecruzan referencias a otros trabajos de Freud; y en los propios textos de este se introducen notas a pie de página con apuntes lexicográficos, históricos, literarios, etc. En algunos volúmenes se incorporan, asimismo, breves textos inéditos.

Esta edición incluye: 1) Los escritos de Sigmund Freud, traducidos directamente del alemán por José Luis Etcheverry¹ y cotejados con *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*,² edición a cargo de James B. Stra-

¹ La primera recopilación de los escritos de Freud fueron los *Gesammelte Schriften* (Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 12 vols., 1924-34), a la que siguieron las *Gesammelte Werke* (Londres: Imago Publishing Co., 17 vols., 1940-52). Para la presente traducción se tomó como base la 4ª reimpression de estas últimas, publicada por S. Fischer Verlag en 1972; para las dudas sobre posibles erratas se consultó, además, Freud, *Studienausgabe* (Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 11 vols., 1969-75).

chey. 2) Comentarios de este último previos a cada escrito. 3) Notas a pie de página de Strachey (entre corchetes, para diferenciarlas de las de Freud), en las que se indican variantes en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican ciertas referencias geográficas, históricas, literarias, etc.; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluyen gran número de remisiones internas a otras obras de Freud. 4) Notas a pie de página entre llaves (identificadas con un asterisco en el cuerpo principal), que se refieren, las más de las veces, a problemas propios de la traducción al castellano. 5) Intercalaciones entre corchetes en el cuerpo principal del texto, que corresponden también a remisiones internas o a breves apostillas que Strachey consideró indispensables para su correcta comprensión. 6) Intercalaciones entre llaves en el cuerpo principal, ya sea para reproducir la palabra o frase original en alemán o para explicitar ciertas variantes de traducción (los vocablos alemanes se dan en nominativo singular o, tratándose de verbos, en infinitivo). 7) Bibliografía general, al final de cada volumen, de todos los libros, artículos, etc., en él mencionados. 8) Índice alfabético de autores y temas, al que se le suman, en ciertos casos, algunos índices especiales (p. ej., «Índice de sueños», «Índice de operaciones fallidas», etc.).

Las notas a pie de página de los traductores franceses aparecen separadas de las correspondientes a Freud y Strachey y a la traducción castellana, y con numeración independiente (el número respectivo se consigna entre paréntesis tanto dentro del texto como en la nota propiamente dicha).

Antes de cada trabajo de Freud, se mencionan sus sucesivas ediciones en alemán y las principales versiones existentes en castellano.³

² Londres: The Hogarth Press, 24 vols., 1953-74.

³ A este fin, entendemos por «principales» la primera traducción (cronológicamente hablando) de cada trabajo y sus publicaciones sucesivas dentro de una colección de obras completas. En las notas de pie de página y en la bibliografía que aparece al final del volumen, los títulos en castellano de los trabajos de Freud son los adoptados en la presente edición. En muchos casos, estos títulos no coinciden con los de las versiones castellanas anteriores.

Lista de abreviaturas

(Para otros detalles sobre abreviaturas y caracteres tipográficos, véase la aclaración incluida en la bibliografía, *infra*, pág. 281.)

- AE* Freud, *Obras completas* (24 vols.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85.
- BN* Freud, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.*
- EA* Freud, *Obras completas* (19 vols.). Buenos Aires: Editorial Americana, 1943-44.
- GS* Freud, *Gesammelte Schriften* (12 vols.). Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924-34.
- GW* Freud, *Gesammelte Werke* (18 vols.). Volúmenes 1-17, Londres: Imago Publishing Co., 1940-52; volumen 18, Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.
- OCP* Freud, *Œuvres complètes Psychanalyse* (21 vols.). París: Presses Universitaires de France, 1988-.
- RP* *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1943-.
- SA* Freud, *Studienausgabe* (11 vols.). Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1969-75.

* Utilizaremos la sigla *BN* para todas las ediciones publicadas por Biblioteca Nueva, distinguiéndolas entre sí por la cantidad de volúmenes: edición de 1922-34, 17 vols.; edición de 1948, 2 vols.; edición de 1967-68, 3 vols.; edición de 1972-75, 9 vols.

LISTA DE ABREVIATURAS

- SE Freud, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (24 vols.). Londres: The Hogarth Press, 1953-74.
- SKSN Freud, *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre* (5 vols.). Viena, 1906-22.
- SR Freud, *Obras completas* (22 vols.). Buenos Aires: Santiago Rueda, 1952-56.

Prólogo

Jacques André

Los textos incluidos en esta compilación tienen más de un siglo de vida. Todos ellos corresponden al ocaso del siglo XIX, pero no dejan de constituir un lugar de nacimiento: el del psicoanálisis y el de las hipótesis fundamentales sobre las cuales se asienta. No es difícil, desde luego, identificar aquí o allá, en la pluma de Freud, las huellas del siglo que termina; por ejemplo, al azar de una frase de encanto anticuado que alude al «*coitus reservatus* por medio del preservativo» (cf. pág. 105), o bien en los últimos asaltos librados contra el enemigo por antonomasia de una medicina de las «enfermedades nerviosas»: la masturbación. En la nueva nosografía propuesta por Freud, ella cuenta aún con un territorio que le es propio, la neurastenia, relacionada con los perjuicios de un onanismo sobreabundante y que exige un remedio al que los educadores de ese siglo consagraron mucho de su tiempo: «una vigilancia escrupulosa» (pág. 75). De manera menos pintoresca, el vocabulario de Freud conserva, en algunas ocasiones, las huellas de una psicología cuyo canto fúnebre entona el psicoanálisis, como cuando se invoca «la fuerza de voluntad».

Sin embargo, todo esto tiene poco peso en comparación con lo que se inventa.¹ Las palabras y las expresiones que ha-

¹ «Los orígenes del psicoanálisis. . .»: la expresión evoca, desde luego, la correspondencia de Freud con Wilhelm Fliess (cf. Sigmund Freud, *La naissance de la psychanalyse: lettres à Wilhelm Fliess, notes et plans, 1887-1902*, París: Presses Universitaires de France, 1956 {*Los orígenes del psicoanálisis* (1950a), AE, 1}). Casi no hay cuestión abordada en los escritos de la presente recopilación que no haya sido objeto de una de las cartas o manuscritos que Freud le envió a Fliess. Por otra parte, esta correspondencia contiene el primer intento de sistematización de la teoría psicoanalítica, el «Es-

cen su aparición por primera vez están allí para atestiguarlo: defensa, conversión, proyección, huida en la psicosis, elección de la neurosis, etc. Y más allá de las palabras, las concepciones: del conflicto psíquico, de lo inconsciente, del papel de la sexualidad. . . Al mismo tiempo que se esbozan los perfiles de la cosa, se forja la palabra: del «análisis psíquico» (pág. 41) al «psicoanálisis» (pág. 165), que aparece por primera vez en un texto publicado inicialmente en francés.

La sexualidad, causa específica

«La etiología de las neurosis reside en la sexualidad». Por más que la afirmación pueda contener alguna «inevitable incorrección *per excessum et defectum*, se aproxima más a la verdad que las doctrinas hoy dominantes» (pág. 131). Una vez lanzada, la palabra no tardará en reiterarse con insistencia. En ese momento de nacimiento, la designación de la *causa*, específica entre todas las causas: auxiliar, desencadenante y otra concurrente, basta por sí sola para singularizar la nueva disciplina y, a la vez, a su inventor. Sin embargo —se defiende Freud—, la proposición no es nueva, no es «inaudita». «Siempre se admitieron los desórdenes sexuales entre las causas de la nerviosidad» (pág. 163). «Se ha unido siempre en una promesa única la curación de los “achaques sexuales” y la “debilidad nerviosa”» (pág. 255). ¿Es entonces la generalización (la forma de la neurosis «la determina con exclusividad el factor etiológico específico que proviene de la vida sexual» [págs. 149-50]) la que explica el «huracán de contradicciones» por parte de colegas que no quieren ceder en cuanto a la herencia o el *surmenage*? La dificultad es de otra índole y Freud la

quisse d'une psychologie scientifique» (cf. *La naissance de la psychanalyse*, *op. cit.*, págs. 309-96 {«Proyecto de psicología» (1950a), *AE*, 1, págs. 323-446}).

presiente, en un pasaje en que se derraman hacia el futuro sus propias elaboraciones del momento:

«Sé muy bien que con la “etiología sexual” de las neurosis no he producido nada nuevo; que en la bibliografía médica nunca faltaron corrientes subterráneas que dieran razón de estos hechos, y aun la medicina oficial de las academias tuvo noticia de ellos. Sólo que esta última hizo como si nada supiera; no dio empleo alguno a esa noticia, no extrajo de ella ninguna conclusión. Una conducta así no puede menos que tener un fundamento profundo; quizá sea una suerte de horror a examinar constelaciones sexuales, o una reacción frente a intentos de explicación más antiguos, que consideraba superados. Comoquiera que fuese, no se podía menos que estar preparado para chocar con resistencias si se osaba volver digno de crédito para otros algo que habrían podido descubrir por sí mismos sin trabajo alguno» (págs. 132-3).

El movimiento de generalización va mucho más allá de la neurosis y concierne al temor igualmente compartido a considerar las constelaciones sexuales. ¡Al hacer *como si nada supiera* de las corrientes subterráneas que la agitan, la medicina oficial no se comporta de distinta manera que el neurótico frente a un pasado que creía superado! En este punto, la etiología sexual se designa como lo reprimido de la medicina, lo cual es mucho más insoportable de escuchar que una simple redistribución en la escala de las causas. La *resistencia* con la que Freud choca entre sus colegas le es conocida entre sus enfermos. En este período, él cree incluso que da la exacta medida de la fuerza de la represión. Estas pocas frases tienen un acento clínico: siempre se corre algún riesgo cuando se hace oír a alguien (enfermo o médico) aquello que en sí mismo tanto se esfuerza por ignorar. El conflicto que Freud ve surgir entre él y sus colegas pone así en juego fuerzas comparables a las señaladas por él mismo en el neurótico. ¿Cómo comprender de otro modo la «fría acogida» que le da Krafft-Ebing (cf.

pág. 210), quien, empero, dedica su tiempo a elaborar el catálogo de las perversiones? ¿Cómo comprender de otro modo el abismo que se ahonda con Breuer, aun cuando Freud sólo apreciará más adelante las dimensiones de esa distancia, demasiado próxima? Este breve panorama de una «psicopatología de la vida médica» anticipa otra generalización, la de lo patológico en lo normal, que pronto caracterizará el proceder freudiano.

El psicoanálisis como método

El conflicto psíquico está en el centro del primer artículo de 1894 sobre las neuropsicosis de defensa. A igual título que la sexualidad, designada como fuente del conflicto, aquel marca la tónica del conjunto de la compilación. El punto de vista de Freud sobre esta cuestión evolucionará, claro está, con el transcurso del tiempo —y de las tópicas—, pero lo cierto es que esos primeros textos contienen algunos de los elementos que fundan el psicoanálisis, hasta nuestros días, como teoría y como práctica. En el corazón del conflicto se sitúa la defensa (la del yo contra la idea inconciliable); la defensa o la represión, términos que por entonces Freud no distingue del todo. Así, se designa a la primera como «punto nuclear dentro del mecanismo psíquico» de las neuropsicosis (pág. 179), anticipo de una fórmula ulterior: «La doctrina de la represión es ahora el pilar fundamental sobre el que descansa el edificio del psicoanálisis».² En un tiempo inicial de la elaboración, ese nuevo mecanismo de división intrasubjetiva cohabita con los «estados hipnoides» de Breuer —e incluso con la escisión de la conciencia de Janet—, pero estos no tardan en quedar degradados al rango de hipótesis inútiles.

² Sigmund Freud, *Sur l'histoire du mouvement psychanalytique* (1914), París: Gallimard, 1991, pág. 29 {«Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914d), *AE*, 14, pág. 15}.

La progresiva afirmación de la originalidad de la doctrina freudiana pasa por un recorte nosográfico. Se ha convenido en señalar lo que el psicoanálisis debe a la histeria, hija de la represión por antonomasia, pero lo que esos textos permiten advertir de manera más notoria es el modo en que psicoanálisis y neurosis obsesiva, o neurosis de compulsión, establecen al mismo tiempo sus respectivos contornos: «Me fue preciso dar comienzo a mi trabajo», escribe Freud en francés, «con una innovación nosográfica. He hallado razones para situar, junto a la histeria, la neurosis de obsesiones (*Zwangsneurose*) como afección autónoma e independiente» (pág. 159). Con la histeria y la neurosis obsesiva, el psicoanálisis inicial tiene, en efecto, los dos polos que durante mucho tiempo van a delimitar su campo de ejercicio. Esos dos polos determinan, como es sabido, los dos grandes destinos del afecto luego de que este ha sido desalojado, separado, desligado, de la representación sexual reprimida: o se convierte en el registro somático, por la vía de la «inervación corporal», o se mantiene en el dominio psíquico, pero al precio de un «enlace falso» con una representación aceptable para el yo.

La insistencia en el conflicto psíquico, el centramiento en la represión, la nueva manera de concebir el síntoma como formación de compromiso (pág. 188), y, desde luego, la constancia de lo sexual en el nivel etiológico, constituyen una amplia revisión de la teoría de las neurosis, que tiende en primer lugar a modificar la imagen del enfermo, a escucharlo de otra manera: el neurótico obsesivo «tiene razón» al hacerse reproches, con la salvedad de que estos han sido desplazados; pese a ser en apariencia desmesurada, la reacción del histérico es en definitiva «adecuada», pero en otra escena, y no en la que se menciona conscientemente. Esa misma revisión, a continuación, no puede dejar de ser solidaria de un profundo cambio en el procedimiento terapéutico. La exposición más completa de este aparece en el último capítulo de los *Estudios sobre la histeria*, titulado «Sobre la psicoterapia de la histeria», que data de 1895. En él, Freud toma distancia de una técnica,

la catarsis, y su instrumento, la hipnosis. A un método centrado en la eliminación del síntoma —en ese aspecto, claramente inscripto en la tradición médica— opone una técnica atenta a la causa: retrotraer las manifestaciones a su etiología (retraducir en lo sexual), y para ello, vencer las resistencias por medio de un procedimiento que cobra forma poco a poco: la asociación libre.³ En el último de los artículos de la compilación que estamos prologando, Freud hace una referencia precisa a ese capítulo «técnico», icon el propósito de limitar rigurosamente su alcance! «Las puntualizaciones contenidas en *Estudios sobre la histeria*», escribe, «de ninguna manera alcanzan para posibilitar al lector el dominio de esta técnica, ni se proponen semejante instrucción total» (pág. 277). Nos llevaríamos una decepción si esperáramos algún complemento de «instrucción» al que Freud apelara para transmitirnos sus últimos progresos. Lo que sigue a esa notificación, al indicar las condiciones restrictivas de aplicación del procedimiento psicoanalítico, incumbe a la periferia del método, más que a este mismo.

Al igual que el privilegio etiológico otorgado a la sexualidad (y de manera indisociable de él), la ruptura metodológica con los procedimientos de la medicina (incluida la hipnosis) va a contribuir al aislamiento del psicoanálisis o *del* psicoanalista; en esos tiempos heroicos son todo uno. Por un lado, Freud les dice a sus colegas: para impugnar mis resultados, de nada les valdrá oponerme las constataciones a las que conduce el modo habitual de indagación anamnésica o cualquier otro método tradicional de examen (pág. 273). Dichos resultados son *indisociables del método para obtenerlos*, es decir —en una formulación un poco anticuada—, del «psicoanálisis, para hacer consciente lo hasta entonces inconsciente» (pág. 181). Por otro lado, aclara: «En efecto, el procedimien-

³ Josef Breuer y Sigmund Freud, *Études sur l'hystérie* (1895), París: Presses Universitaires de France, 1956, págs. 236 y sigs. {*Estudios sobre la histeria* (1895d), AE, 2, págs. 277 y sigs.}.

to es tan difícil que decididamente es preciso aprenderlo; y no puedo acordarme de que alguno de mis críticos quisiera aprenderlo de mí, y ni creo tampoco que se empeñara con la misma intensidad que yo para descubrirlo por sí solo» (págs. 276-7). Resultados y método son inseparables;⁴ en cuanto al aprendizaje del segundo, supera lo que una exposición técnica puede transmitir y, en última instancia, ipasa por mí, Freud! No es fácil adivinar lo irritante que esta intimación pudo ser para los «colegas», que constituían el grueso del público al que se dirigían estos artículos y la comunicación.

El interés *a posteriori* de recordar ese aislamiento inaugural no radica en burlarse de la incomprensión del auditorio de entonces, sino en ver que es producto de la lógica misma de la problemática, una lógica de círculo cerrado que en esa época Freud adivina, aun cuando no pudiera expresarla con claridad: nadie puede emplear valederamente el procedimiento sin haber sido su objeto. En efecto, el que se refiere en términos «laboriosos» al aprendizaje del método, en el artículo de 1898, es un Freud que acaba de poner en marcha su autoanálisis. Dado que las reticencias de la medicina de la «nerviosidad» frente a la etiología sexual abrevan, en el fondo, en un conflicto psíquico de la misma naturaleza que el que divide al neurótico, la formación en el nuevo método exige un aprendizaje no sólo «particular», sino, como lo recalca Freud, igualmente «incompatible con el ejercicio de otra actividad médica» (pág. 279).

Para no quedarnos cortos, digamos que el aislamiento del psicoanálisis naciente abrevan, además, en otra fuente: el estatus original de la nueva teoría con respecto a la epistemología experimental dominante. Un ejemplo: «El divorcio entre la

⁴ Cuando Freud define con precisión el término «psicoanálisis», lo hace, ante todo, en su carácter de método: «Psicoanálisis es el nombre: 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías (. . .)». Véase Sigmund Freud, «“Psychanalyse” et “Théorie de la libido”», *OCP*, 16, pág. 183 {«Dos artículos de enciclopedia: “Psicoanálisis” y “Teoría de la libido”» (1923a), *AE*, 18, pág. 231}.

representación sexual y su afecto, y el enlace de este último con otra representación (. . .): he ahí unos procesos que acontecen sin conciencia», escribe Freud. Ese «sin conciencia» tiene una consecuencia decisiva para la teoría: los procesos en cuestión sólo pueden suponerse, y «ningún análisis clínico-psicológico es capaz de demostrar{los}». Paradoja de un nuevo enfoque de los hechos psíquicos que, al mismo tiempo que descubre su objeto, lo inconsciente, repara en la imposibilidad de aprehenderlo «en persona». Por consiguiente, sería más exacto decir, precisa Freud: todo pasa «*como si* real y efectivamente hubiera acontecido lo expresado mediante los giros “divorcio entre la representación y su afecto” y “enlace falso” de este último» (pág. 49). Ese «como si», destinado en la teoría y la clínica psicoanalíticas a un vasto futuro, define antes de hora el estatus *meta* de la teoría en psicoanálisis. La hostilidad de los médicos encontrará allí el primero de sus argumentos, presente ya en la crítica de Krafft-Ebing cuando este ridiculiza las palabras que Freud termina de pronunciar frente a él, calificándolas de «cuento de hadas científico» (cf. pág. 210).

En cambio, para aquellos a quienes el estatus metafórico de la teoría analítica no indispone en exceso, los primeros textos de Freud tienen un interés particular. Se forja un estilo, y no por azar este apela de buena gana a los paralelos y las comparaciones. Uno de esos registros metafóricos ocupa una posición especial: el modelo neurológico. Sucede que Freud *es* neurólogo —por lo menos, todavía lo es un poco—, aun cuando esa condición empiece a fastidiarlo seriamente. Su último trabajo en la materia, dedicado a «la parálisis cerebral infantil», data de 1897. Por un lado, persiste en él la esperanza (cuyo punto culminante es el «Proyecto») de traducir en hechos neurológicos sus descubrimientos acerca de los procesos psíquicos: la esperanza de una «neuropatología»; por el otro, la neurología misma tiende a convertirse en ilustrativa (en cierto modo, a pesar de Freud), en una posición que no difiere en esencia del lugar que se le concede, por ejemplo, a la arqueo-

logía y su revelación de los vestigios de un pasado sepultado (cf. pág. 214).

Lo actual y el pasado

Neuropsicosis de defensa, neurastenia, neurosis de angustia, histeria: basta con recorrer los títulos de estos primeros escritos para adivinar la inquietud nosográfica de Freud. Inquietud que él defiende contra una manera médica descarada de tratar la «enfermedad nerviosa»: enviar al enfermo, sean cuales fueren sus expresiones, al «sanatorio de cura de aguas», o decirle «que no tiene nada» (pág. 259). Si se estima que del conocimiento de la etiología debe deducirse la indicación terapéutica, la designación correcta cobra, en efecto, el mayor interés, aunque sea para insistir en la sobredeterminación de los factores y en el carácter «mixto» de no pocas de las neurosis (pág. 120). Tan cierto es que la terapia psicoanalítica no resulta de aplicación universal como que nosografía e indicaciones de análisis están íntimamente ligadas. Es indudable que los criterios de analizabilidad evolucionaron, incluso para el propio Freud, pero la verdad es que la cuestión que subyace a su examen se plantea con claridad ya en esos primeros textos. Lo que se desplazó de manera más perceptible dentro de la obra freudiana es, tal vez, la línea de demarcación entre lo que es analizable y lo que no lo es. Para el Freud de la «madurez», esa línea pasa, *grosso modo*, entre neurosis y psicosis.⁵ Para el Freud de los primeros escritos, pasa entre las neuropsicosis de defensa y las neurosis actuales, entre el pasado y

⁵ En esos primeros escritos, la psicosis (el ejemplo es, con frecuencia, el de la paranoia) es englobada en el grupo de las neuropsicosis de defensa, postura que, pese a todo, no carece de matices, anunciadores de los desarrollos ulteriores. Así se observa cuando Freud destaca el modo original en que el yo, en la psicosis, descarta la representación inconciliable: «el yo desestima {*verwerfen*} la representación insoportable junto con su afecto y se

lo actual. En las dos situaciones la etiología es sexual, pero en el primer caso particular abrevia en los acontecimientos de la vida pasada, en tanto que en el segundo lo hace en los desórdenes de la vida sexual actual (pág. 162). El psicoanálisis tiene competencia para aplicarse a las primeras; las segundas siguen siendo asunto de la medicina.

Tanto en el terreno de lo actual como en el del pasado —en el cual aísla la neurosis obsesiva—, Freud aspira a proponer un nuevo esclarecimiento nosográfico, distinguiendo ahora la neurosis de angustia de la ya vieja neurastenia. En el principio de la concepción de la neurosis de angustia está la idea de una toxicidad de la sexualidad. Impedida de encontrar una vía de aligeramiento —de manera típica, a continuación (repetida) del *coitus interruptus*—, la excitación sexual se transforma en angustia «libremente flotante», sin que intervenga ningún mecanismo psíquico. En el fondo, el proceso es comparable a una infección: el factor sexual es a la neurosis de angustia lo que el bacilo de Koch es a la tisis (pág. 147).

Esta descripción puramente somática se matiza, empero, a medida que la concepción se desarrolla. Más que en la ausencia de mecanismos psíquicos, Freud insiste en su falla: todo lo que perturba la elaboración psíquica de la tensión sexual somática es capaz de generar neurosis de angustia. La imagen es, entonces, la de una psique desbordada por la demasía de excitación sexual. En el caso de las neuropsicosis de defensa, la sexualidad se *representa*, aunque sea en términos insoportables para el yo; en el caso de las neurosis actuales, no autoriza ninguna derivación psíquica. La primera configuración, la del conflicto psíquico, limita el campo de aplicación del psicoanálisis; la segunda supone la consulta médica y la profilaxis.⁶ ¿Qué decir a quien sufre a causa del coito interrumpido,

comporta como si la representación nunca hubiera comparecido» (pág. 54), o cuando precisa: «En la paranoia, el reproche es reprimido por un camino que se puede designar como *proyección*» (pág. 204).

⁶ En el «Manuscrito B» (8 de febrero de 1893) enviado a Fliess, Freud es

como no sea que vuelva a un comercio normal (pág. 109)? ¿Qué sugerir a la esposa que se mantiene *virgo intacta* a falta de un marido con la potencia suficiente: «*Penis normalis / dosis repetatur!*»?⁷ Y Freud, médico, hace votos para que haya progresos técnicos en materia de anticoncepción, a fin de que termine de una vez la amalgama entre procreación y sexualidad (pág. 271).

Es innegable que algunas proposiciones de Freud sobre las neurosis actuales han envejecido. ¿A quién se le ocurriría hoy distinguir las neurosis según el «aligeramiento» ausente o inadecuado de la tensión sexual? Ya no tiene vigencia la idea de una patología neurótica que sólo tenga por causa factores actuales, sea cual fuere la importancia de estos. Por una parte, esta primera categorización muestra que Freud no ha apreciado aún en toda su dimensión lo infantil o, más exactamente, el infantilismo de la sexualidad. Ello es notorio, incluso en el terreno de las neuropsicosis de defensa, cuando el pasado patógeno invocado se remonta, a lo sumo, a la adolescencia (págs. 50-1). La tentación de atenerse a la causa actual impedirá durante mucho tiempo a Freud remontarse a épocas anteriores, y, si damos crédito a su propio testimonio, esto ocurre aún durante el análisis de «Dora» (en 1899).⁸

No por ello es menos cierto que la crítica de Freud con respecto a esta cuestión es, principalmente, una autocrítica. Puede percibirse desde los primeros escritos. ¿Es la revelación

más expeditivo: «De lo antedicho resulta la total posibilidad de prevenir las neurosis [de angustia], así como su total incurabilidad. La tarea del médico se desplaza por entero a la profilaxis». Véase S. Freud, *La naissance de la psychanalyse*, *op. cit.*, pág. 65 {«Manuscrito B. La etiología de las neurosis», en *Los orígenes del psicoanálisis*, *op. cit.*, pág. 222}.

⁷ La «receta» pertenece a Chrobak, ginecólogo vienés con quien Freud compartía a la paciente en cuestión. La expresión forma parte de esas palabras espigadas aquí y allá a las cuales Freud les reconoce el mérito de haberlo puesto sobre la pista de la etiología sexual. Véase S. Freud, *Sur l'histoire du mouvement. . .*, *op. cit.*, págs. 26-7 {«Contribución a la historia. . .», *op. cit.*, pág. 14}.

⁸ *Ibid.*, pág. 19 {*ibid.*, pág. 10}.

súbita de la sexualidad la que genera la «angustia virginal», o esta última se origina en el despertar de una impresión de la infancia (pág. 184, *n.* 10)? La neurosis de angustia bien podría no ser, por lo menos en ese caso, otra cosa que la cara visible de una histeria. Freud llega incluso a enmarañar aún más la cuestión, hasta volverla casi ininteligible, cuando escribe: «tampoco es raro el caso de que una neurastenia o una neurosis de angustia no sean mantenidas por influjos nocivos sexuales actuales, sino sólo por el continuado recuerdo de traumas infantiles» (pág. 186).

Junto a aspectos criticables tenemos lo que pone de relieve la teoría de la neurosis de angustia, cuya riqueza potencial se aprecia en los desarrollos ulteriores. Y en primer término el acento puesto en la propia angustia, el afecto por excelencia. Su concepción como angustia frente al peligro pulsional, frente a la libido, tal como la expresará en la 25ª conferencia, de 1916,⁹ encuentra allí su punto de anclaje. A continuación, el papel reconocido a la cantidad, al aspecto económico, inseparable de una representación de lo sexual como exceso: la idea de una cantidad de excitación que desborda las capacidades psíquicas de elaboración y, por eso, afecta el cuerpo al margen de cualquier simbolización, a diferencia de la conversión histerica. El punto de vista económico está en el centro de estos primeros escritos, mucho más allá de la mera consideración de las neurosis actuales. Así, la hipótesis de la defensa se basa en la idea de una cantidad desplegable (suma de excitación, monto de afecto), capaz de adoptar variadas formas (pág. 57).

Sin extendernos, tenemos que destacar lo que los desarrollos posfreudianos en el dominio psicosomático deben a esas primeras consideraciones sobre la neurosis de angustia: la idea de un cuadro patológico dominado por la quiebra de la

⁹ Sigmund Freud, «L'angoisse», en *Introduction à la psychanalyse*, París: Payot, 1962, col. «Petite bibliothèque Payot», págs. 370-88 {«La angustia», en *Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17)*, AE, 16, págs. 357-74}.

elaboración psíquica, la preponderancia del registro actual, el reino de la cantidad y la traducción de la angustia en la enfermedad somática.

Lo infantil y la seducción

La importancia decreciente del registro actual (o reciente) con el paso de los textos no es sino el reverso del papel cada vez más firme que para Freud tiene la infancia en la etiología de las neurosis. Ese decurso hacia lo infantil, hacia la «experiencia sexual precoz», adopta por primera vez, en estos escritos del comienzo (más precisamente, en los tres artículos de 1896), una forma teórica: la teoría de la seducción. De esta, la historia del psicoanálisis no retendrá durante largo tiempo otra cosa que su abandono. En una célebre carta del 21 de septiembre de 1897, Freud le confiesa a Fliess: «y enseguida quiero confiarte el gran secreto que poco a poco se me fue trasluciendo en las últimas semanas. Ya no creo más en mi “neurótica”». ¹⁰ Y aduce varias razones de ello, entre las cuales menciona la ausencia de indicios de realidad en lo inconsciente, que permitan distinguir, en las palabras del neurótico, entre la verdad y la ficción, y el hecho de que por una simple lógica aritmética se llegue a acusar a todos los padres de perversión, «sin excluir», agrega, «a mi propio padre». ¹¹ Más adelante, Freud habría de revelar la profunda perplejidad en

¹⁰ S. Freud, *La naissance de la psychanalyse*, op. cit., pág. 190 {*Los orígenes del psicoanálisis*, op. cit., pág. 301}.

¹¹ *Ibid.*, pág. 191 {*ibid.*}. La referencia de Freud a la seducción por su propio padre fue censurada por los editores de la correspondencia y, en primer lugar, por Anna Freud. Los diferentes pasajes censurados se pueden consultar en la *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n° 38, 1988, págs. 67-72. {Véase la edición completa de las cartas en Sigmund Freud, *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*, traducción de José Luis Etcheverry, Buenos Aires: Amorrortu, 1994.}

que lo había sumido esa decepción teórica, hasta sentir la tentación de tirar todo por la borda.¹²

¿A qué causa remitirse ahora? Como lo hace presagiar la carta del 21 de septiembre, herencia y constitución van a volver vigorosamente. Después de la batalla librada en favor del carácter adquirido de la neurosis, contra la etiología de Charcot o Löwenfeld, es probable que esa vuelta atrás haya contribuido al desasosiego de Freud.¹³ En cierta forma, la turbación se puede adivinar al leer el último artículo de esta compilación, «La sexualidad en la etiología de las neurosis», fechado en 1898 y, por lo tanto, posterior al abandono de la teoría de la seducción. Esta no ha desaparecido, y hasta figura planteada en términos casi idénticos (págs. 274-5), pero ha perdido el lugar central de «causa específica» que tenía en los textos de 1896. ¿Por qué esta modificación? Al respecto, ni una palabra. De lo que Freud pudo escribirle con claridad a Fliess (el abandono y sus razones), no puede decir nada «en la tierra de los filisteos». ¹⁴ Habrá que esperar varios años para que se exprese públicamente sobre el abandono mismo.¹⁵

¿Cuál es esa teoría? «Formulo entonces esta tesis: en la base de todo caso de histeria se encuentran *una o varias vi-*

¹² S. Freud, *Sur l'histoire du mouvement. . .*, *op. cit.*, págs. 31-2 {«Contribución a la historia. . .»}, *op. cit.*, págs. 16-7}.

¹³ Dado que la crítica del valor etiológico de la herencia es inseparable de la defensa del psicoanálisis como método terapéutico: «Pues, terapéuticamente, ¿a qué se atinaría con la herencia como etiología? Desde siempre estuvo ella en el enfermo, y seguirá estando en él hasta el fin. En sí y por sí no permite comprender la emergencia episódica de una neurosis, ni su cesación por obra del tratamiento» (pág. 148).

¹⁴ S. Freud, carta a Wilhelm Fliess del 21 de septiembre de 1897, en *La naissance de la psychanalyse*, *op. cit.*, pág. 192 {*Los orígenes del psicoanálisis*, *op. cit.*, pág. 302}.

¹⁵ Sigmund Freud, «Mes vues sur le rôle de la sexualité dans l'étiologie des névroses» (1905), en *Résultats, idées, problèmes*, 1, París: Presses Universitaires de France, 1985, págs. 116-7 {«Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis» (1906a), *AE*, 7, págs. 265-6}. Jung había advertido, sin duda, el aspecto traumático de ese abandono, si atende-

vencias (. . .) de experiencia sexual prematura, y pertenecientes a la tempranísima niñez. Estimo que esta es una revelación importante, el descubrimiento de un *caput Nili* {origen del Nilo} de la neuropatología» (pág. 227). Freud especifica los contornos de esa experiencia temprana: en el origen se sitúa siempre un abuso sexual cometido por otra persona en el cuerpo del niño. Ese comercio sexuado, similar al coito, se traduce en una irritación efectiva de los órganos genitales. La «otra persona» es, por antonomasia, el adulto; puede ser asimismo un niño, con frecuencia un hermano. En este último caso, sin embargo, el propio niño seductor es la víctima de una seducción anterior perpetrada por un adulto, cuyas prácticas él repite. Con referencia a este niño seducido/seducor, Freud indica de manera velada un mecanismo que mucho más adelante describirá Ferenczi: la identificación con el agresor. Es interesante señalar que será precisamente el redescubrimiento de la hipótesis de la seducción lo que llevará a Ferenczi a concebir ese nuevo mecanismo.¹⁶

La teoría de Freud bosqueja así el cuadro de una «desigual pareja»: por un lado, un adulto sin escrúpulos, que además está «armado de toda su autoridad y su derecho de reprimenda» (pág. 240); por el otro, un ser a quien el «estado infantil de las funciones psíquicas, así como del sistema sexual», deja librado a su merced. Sin embargo, si nos atuviéramos a esta pre-

mos a la manera un tanto pérfida en que le recuerda a Freud su «error» pasado, cuando ambos están a punto de comprobar el carácter irreductible de su discrepancia. Cf. Sigmund Freud y Carl G. Jung, *Correspondance*, 2, París: Gallimard, 1975, págs. 270 y sigs. {*Correspondencia*, Madrid: Taurus, 1979}.

¹⁶ Cf. Sándor Ferenczi, «Confusion de langue entre les adultes et l'enfant» (1932), en *Œuvres complètes*, 4, 1927-1933: *Psychanalyse IV*, París: Payot, 1982, pág. 131 {«Confusión de lengua entre los adultos y el niño: el lenguaje de la ternura y la pasión», en *Obras completas*, 4, 1927-1933: *Psicoanálisis IV*, Madrid: Espasa Calpe, 1984}. Cuando integre la identificación con el agresor al inventario de los mecanismos de defensa, Anna Freud «omitirá» reconocer su deuda con Ferenczi. La hija analizada por su padre tenía, sin duda, muchas razones para desconocer todo lo que incumbe a la seducción paterna.

sentación nos inclinaríamos a pensar que lo patógeno es el abuso en sí mismo. En realidad, el proceso neurótico es mucho más complejo. Como el sujeto es infantil, «la irritación sexual precoz produce un efecto nulo o escaso en su momento, pero se conserva su huella psíquica» (pág. 168). El despertar, años más tarde, de esa huella inconsciente, sumado al desprendimiento {desligazón} de afecto que se produce en la circunstancia y a la represión resultante, generan la sintomatología neurótica. Entre el acontecimiento y la huella ahora activa hay un efecto retardado (pág. 275) que explica la maduración producida, en el intervalo, «no sólo [en] el aparato sexual somático sino también [en] el aparato psíquico» (*ibid.*). El recuerdo queda así provisto de un poder que ha faltado en el propio acontecimiento. «Hay, por así decir, acción póstuma de un trauma sexual» (pág. 168).

Lo que vale para la génesis de la histeria también es válido para la neurosis obsesiva, pero con un matiz importante. La experiencia sufrida con pavor o indiferencia en la histeria suscita placer en el futuro neurótico obsesivo. El autorreproche, característico de este registro neurótico, apunta precisamente a esa satisfacción sexual anticipada. Pase lo que pase con la distancia que media entre los dos polos de la neurosis, el carácter inaugural de la experiencia de pasividad sexual del niño con respecto al adulto explica la presencia de un «trasfondo» histérico, incluso en los casos en que *a posteriori* se desarrolle una neurosis obsesiva (pág. 245). Es posible seguir el destino del primado reconocido a la pasividad a lo largo de la obra de Freud, en especial si se acude a las diversas consideraciones sobre el par activo/pasivo. Así, en 1931 (y contra un punto de vista espontaneísta) Freud reafirma su posición: «Las primeras vivencias sexuales y de tinte sexual del niño junto a la madre [personaje muy ausente en los primeros escritos] son desde luego de naturaleza pasiva».¹⁷ Esta posición

¹⁷ Sigmund Freud, «Sur la sexualité féminine» (1931), en *La vie sexuelle*, París: Presses Universitaires de France, 1969, pág. 149 {«Sobre la sexuali-

inaugural atribuida a la pasividad tendrá un papel decisivo en el reconocimiento tardío del carácter originario del masoquismo (en comparación con el sadismo).

En un texto de 1964, Laplanche y Pontalis destacaban el contrasentido que significaba considerar el abandono de la teoría de la seducción como acta de nacimiento del psicoanálisis.¹⁸ La opinión más difundida se refiere a la sexualidad infantil y su descubrimiento, que el abandono en cuestión habría permitido. Hay que matizar un poco. Freud invoca los hechos de seducción en el camino a una sexualidad traumática cada vez más infantil. Esos dos aspectos son solidarios. Al margen de una crítica retrospectiva, admitirá además los méritos anticipatorios de la teoría de la seducción: primer encuentro con el complejo de Edipo.¹⁹

¿«Abandono» es realmente la palabra apropiada? La referencia citada al artículo de 1898 hace lícito dudarlo. Si nos remitimos al principal texto acerca de la sexualidad infantil —considerada esta vez desde un punto de vista endógeno y espontaneísta—, es decir, los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), nos damos cuenta de que adjudica al factor de la seducción (y a la intersubjetividad que le sirve de base) un lugar que, aunque puntual, dista de ser desdeñable, en un párrafo que cobra valor de introducción a la angustia infantil. Empero, así como en los textos de 1896 la seducción es paterna (al

dad femenina» (1931b), *AE*, 21, pág. 238}. {Las inserciones entre corchetes en las citas de Freud son de J. André.}

¹⁸ Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, *Fantasme originaire, fantasmes des origines, origines du fantasme* (1964), reedición, París: Hachette, 1985, col. «Textes du XX^e siècle» {*Fantasia originaria, fantasía de los orígenes, origen de la fantasía*, Buenos Aires: Gedisa, 1986}. Laplanche se propuso, a continuación, refundar el edificio de la teoría psicoanalítica sobre la base de una generalización de la teoría de la seducción, en *Nouveaux fondements pour la psychanalyse: la séduction originaire*, París: Presses Universitaires de France, 1987 {*Nuevos fundamentos para el psicoanálisis: la seducción originaria*, Buenos Aires: Amorrortu, 1989}.

¹⁹ Cf. Sigmund Freud, *Autoprésentation* (1925), *OCP*, 17, pág. 82 {*Presentación autobiográfica* (1925d), *AE*, 20, pág. 33}.

menos en su inspiración), en los *Tres ensayos*. . . es materna, inseparable de los cuidados prodigados por una madre que acuna, acaricia y toma a su hijo «claramente (. . .) como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho».²⁰ La madre del niño, en su generalidad, ha reemplazado al adulto licencioso, en su particularidad.

Sigue siendo indiscutible que parte del papel privilegiado atribuido a los hechos pedofílicos de seducción ponía trabas a una aprehensión más exacta de la sexualidad infantil, puesto que, en realidad, sólo el niño seducido era un niño sexual. Decir del «quehacer infantil de la sexualidad» que es un hecho general «sería sin duda muy exagerad{o}» (pág. 234), escribe el Freud de 1896. «Uno yerra al descuidar por completo la vida sexual de los niños», que «son capaces de todas las operaciones sexuales psíquicas, y de muchas somáticas» (pág. 274), escribe el Freud de 1898. A la limitación por los hechos de seducción se agrega otra. En esos primeros escritos, Freud continuaba siendo, en el fondo, fiel a las palabras de Charcot: «*c'est toujours la chose génitale, toujours. . . toujours. . . toujours!*» {«siempre es la cosa genital, siempre. . . siempre. . . siempre. . .!»}.²¹ En esta primera teoría de las neurosis, «sexual» es aún sinónimo de «genital». Cuando, en lo concerniente a la formación de la representación obsesiva, Freud señala que la angustia liberada se vuelca naturalmente sobre «el orinar, la defecación, el ensuciarse y el contagio en general», está muy cerca de reconocer el papel de la sexualidad anal en la neurosis obsesiva. Muy cerca. . . y muy lejos.²² Sólo al adoptar el punto de vista del niño (y ya no el del adulto seduc-

²⁰ Sigmund Freud, *Trois essais sur la théorie sexuelle* (1905), París: Gallimard, 1987, pág. 166 {*Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), AE, 7, pág. 203}.

²¹ S. Freud, *Sur l'histoire du mouvement*. . ., *op. cit.*, pág. 25 {«Contribución a la historia. . .», *op. cit.*, pág. 13}.

²² Muy cerca: algunas elaboraciones prefiguran las conclusiones teóricas del análisis del «Hombre de las Ratas» (cf. págs. 219 y sigs.). Muy lejos: considérese el lugar atribuido a la analidad en un texto como «La disposi-

tor) podrá apreciar lo que constituye la sexualidad de los registros oral y anal.

Aquello sobre lo cual se hace más hincapié cuando se habla del «abandono» es el lugar respectivo del fantasma (o de la fantasía) y la realidad. Uno habría expulsado a otra, cuando no se afirma que el descubrimiento del fantasma coincide con la circunstancia. Una primera observación acerca de la realidad: el análisis del «Hombre de los Lobos» y su parte de indagación dan prueba de que Freud jamás se desinteresa del establecimiento de los hechos y, acaso más radicalmente, del «suelo de realidad» sobre el cual se apoya la construcción psicoanalítica. Es innegable, no obstante, que cierta manera de dar cabida a la realidad amenaza al psicoanálisis en su método. Se lo advierte en los contados residuos experimentalistas presentes en esos primeros escritos: como prueba de ello, dice más o menos Freud, los dieciocho casos de histeria y los seis casos de neurosis de obsesiones, «tres de ellos puros» (pág. 169), que he podido analizar. . .

¿Qué pasa con la fantasía? Las notas críticas de 1924 (págs. 186 y 228) están llenas de matices, no sólo porque a la seducción sigue atribuyéndosele «cierta significatividad para la etiología», sino también porque la realidad y la fantasía no se oponen a la manera de una exclusión recíproca, sino de un modo relativo: los primeros escritos, señala Freud, sobrestiman una y subestiman otra. Subestimar no es ignorar. ¿Qué es lo que hace sufrir más a la joven mujer referida en la pág. 53: un comercio conyugal demasiado escaso o la represión penosa y compulsiva de «pujarle algo debajo del vestido»? La totalidad de las viñetas clínicas presentadas en esos textos condu-

tion à la névrose obsessionnelle. Une contribution au problème du choix de la névrose» (1913), en *Névrose, psychose et perversion*, París: Presses Universitaires de France, 1973, págs. 189-97 {«La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis» (1913*i*), *AE*, 12, págs. 329-45}.

cen a la misma comprobación: el ataque interno por la representación insoportable para el yo rivaliza regularmente con el que tiene su fuente en el mundo exterior. Y esto es válido para la propia teoría de la seducción: «no son las vivencias mismas las que poseen efecto traumático, sino sólo su reanimación como *recuerdo*, después que el individuo ha ingresado en la madurez sexual» (pág. 182). El histérico padece de reminiscencias, escribían ya Freud y Breuer en la «Comunicación preliminar».²³ Los mismos *Estudios sobre la histeria* contenían, a través de las definiciones de la representación inconsciente como cuerpo extraño, o como infiltración,²⁴ los elementos esenciales de la teoría freudiana de la realidad psíquica, no menos real que la otra.

Los textos de esta compilación son primeros escritos, más que escritos de juventud: en 1894, Freud tiene treinta y ocho años. El psicoanálisis no se conforma con dejarse adivinar en ellos: está presente clínica y teóricamente en algunos de sus elementos fundamentales.

²³ J. Breuer y S. Freud, *Études sur l'hystérie*, *op. cit.*, pág. 5 {*Estudios sobre la histeria*, *op. cit.*, pág. 33}.

²⁴ *Ibid.*, pág. 235 {*ibid.*, pág. 296}.